

# ANTONIO ARRAÍZ

## Cuentista

La personalidad literaria de Antonio Arráiz no necesita de presentación en nuestro medio: es la que un escritor que ha cruzado los cuarenta años de su edad con un nombre hecho y un acervo de trabajos literarios en su haber (\*)

A Arráiz se le conoce principalmente como poeta. Sus libros "Aspero" y "Parsimonia" han sido sin duda lo más leído de su obra.

Pero nosotros vamos a estudiar su labor como cuentista.

\* \* \*

Arráiz empezó desde muy joven a escribir cuentos. De su primera época, allá por los años 1922 a 1923, data un buen número de cuentos breves, de estructura y estilo sencillo, obra ciertamente de principiante, pero no tan mala como tal vez la juzga su autor. "La cantimplora" es un precioso relato de amistad inquebrantable. "La carreta de carne", sin ser propiamente un cuento, es un episodio que se lee con interés. "Día

(1) Antonio Arráiz nació en Barquisimeto (Estado Lara) el 27 de marzo de 1903. Antes de cumplir veinte años, ya su nombre aparecía con frecuencia en periódicos y revistas, firmando crónicas, comentarios, poesías y cuentos. Ha viajado por Estados Unidos, Panamá, Ecuador y Colombia. Ha publicado tres libros de poesías: "Aspero", "Parsimonia" y "Cinco sinfonías", una novela: "Puros hombres" y un libro con fines didácticos, para niños: "Culto Bolivariano". Ha sido redactor de "El Heraldito" de Barquisimeto, de "Ahora" de Caracas y de la revista "Elite" también de Caracas. Ha desempeñado diversos cargos oficiales y culturales.

Debemos expresar aquí nuestra sincera gratitud al señor Arráiz por la forma tan bondadosa en que nos suministró una buena cantidad de material suyo, publicado en revistas y periódicos, que él conserva en cuadernos de copias y de recortes, para su uso privado. Sin esta generosa colaboración, nos habría sido muy difícil preparar este trabajo de conjunto acerca de sus cuentos.

completo" apunta ya en germen lo que llamaríamos la idea "social" que Arráiz cultivará con empeño veinte años más adelante. En cambio, en "El médico" aparece el autor sin preocupación ninguna social, pues no ha tenido reparo en presentarnos a un campesino ignorante que obra el mal, y a un médico, que cae asesinado víctima de su deber.

Con ser estos cuentos obra primeriza, se leen con más gusto y llaneza que mucha de la obra posterior de Arráiz. Y es que entonces el autor escribía bien, pero al natural, sin buscar crearse un estilo.

Pasan quince o más años, y encontramos a Arráiz que sigue escribiendo cuentos, pero ahora su empeño constante y manifiesto será el lograr un estilo elegante y elevado. Rehuye con laudable afán toda manera fácil y despreocupada de abusar del público lector. Pero va a dar en el escollo del rebuscamiento, no como principiante inconsciente, ni como quien se sujeta a un canon de escuela, sino dejando ver demasiado claramente el trabajo en lograr una expresión nueva. Y esto a la larga empalaga y cansa al lector. A mano tenemos esta muestra en el cuento "Un perfecto caballero": "Recogió las riendas, enarbolando al aire, como un pabellón, el caracol de la jaca, y un instante después distendió aquellas, concediendo al animal la merced del espacio sin fin".

El verdadero cuento es uno de los más difíciles y arriesgados géneros literarios. Las literaturas de todo el mundo cuentan muchos buenos novelistas, y muy pocos excelentes cuentistas. La brevedad del relato, la sencillez del argumento y nitidez del plan, la naturalidad del lenguaje, y sobre todo cierto candor y espontaneidad casi infantiles que trasciendan como perfume sutil a toda la obra: tales son las cualidades fundamentales del cuento. Pero esas cualidades no se improvisan.

Desdichadamente en Venezuela muchos de nuestros modernos escritores empiezan por donde los grandes maestros

terminaron. Padecemos de inundación de cuentos, que de tales no tienen sino el nombre. Género tan difícil, ha venido a ser en la actualidad, palestra de novatos y pretendido triunfo de advenedizos.

Arráiz no es todavía un maestro consumado del cuento. Pero la labor que ha realizado le deja abierto un camino de envidiable oportunidad. Es escritor de léxico abundante y castizo. Sabe manejar a su placer los resortes del lenguaje. Si se entusiasma, no hay obstáculo que detenga su pluma. A rompe y rasga suele salir adelante en párrafos candentes y llenos. Se le escapan errores de construcción, —gerundios mal empleados, cambios de sujeto en la oración principal, uso frecuente del que galicado, etc.— pero sabe aprisionar la idea o la descripción tal como salta en su mente creadora.

Sin pretenderlo hemos mencionado una de las características del estilo de Arráiz. Sabe volcar sobre el papel descripciones minuciosas, casi fotográficas, de lugares, objetos y personas. Un pintor podría plasmar sobre el lienzo, —sin tener que suplir un solo rasgo—, la figura de Yaguarato, el hechicero del cuento "La posesa".

Pero así como en las descripciones es tan minucioso y exacto, en cambio al ofrecerle de alguna enumeración, o al buscarla de intento, no sabe frenar su pluma. Hay entonces verdadero despilfarro de palabras, en el que el autor parece sentir regocijo especial. El cuento "La Carta" se abre con un párrafo en el que hay esta muestra: "Había sobres de todas formas; largos, cuadrados, pequeños, enormes. . . Muchos ostentaban marcas impresas en elegante letra itálica indicativas del origen, categoría, importancia, carácter, función, condición o profesión de su remitente".

En general puede decirse que Arráiz suele acertar en la creación de personajes de talla completa. Las figuras centrales de "La posesa": Carlos, Eulalia y Yaguarato, el físico Maese Jacobo en "El lunar de la Virreina", la paciente Manuela, del cuento "Oswaldo", son seres humanos, con carácter propio y efectivo.

Pero el defecto capital que ensombrece muchos de los personajes de Arráiz es el no saber hablar. El diálogo falla casi por completo. No está llevado con

la vida y naturalidad, que exige la índole del cuento, o con el dramatismo que es necesario en algunas ocasiones.

Muy pocos cuentistas modernos, venezolanos, se atreven con el diálogo. Los interlocutores de sus cuentos apenas hilan una charla que valga la pena.

Este defecto, que es general en la obra de Arráiz, queda más de manifiesto en los cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo, etc. (de los que luego hallaremos), y sobre todo en "Oswaldo", que es casi un solo diálogo. Allí falta agilidad, falta vida y calor. Las preguntas y respuestas tienen sabor a literatura correcta y hasta sobria, pero carecen del giro fresco y espontáneo de lo que sale de labios humanos. Pues ni aun en el caso de personajes que de intento hablan con fingimiento, o doblez, o énfasis, podía el diálogo haber quedado al capricho del escritor.

Pecaríamos de falta de sinceridad si no indicáramos otra deficiencia en los cuentos de Arráiz. Usando un término muy en boga, diremos que les falta estructuración. No hay una labor de engranaje ajustado en la composición de sus cuentos. Hay unidad de acción, casi siempre; hay desarrollo fiel y ordenado de un plan, pero las piezas de la maquinaria están flojas, sin ajuste preciso. Creemos que aquel mismo afán por hacer buena literatura, —del que hablamos más arriba—, absorbe en demasía la actividad del escritor al redactar cada frase y cada párrafo; con lo cual queda descuidada la otra labor, sin duda más importante, de trabar todos los elementos de tal modo que surja un todo de contextura sólida y afinada. Un violín de excelente estructura, provisto de finísimas cuerdas y de un arco perfecto, necesita el ajuste eficaz de cuerdas y clavijas para poder reproducir sonidos artísticos.

Aún es tiempo de que Arráiz se auto-somete a un riguroso trabajo de poda y de forja, al escribir nuevos cuentos. Con la experiencia y facilidad adquirida, bien puede frenar su pluma, y señalarse de antemano un esquema riguroso y bien pensado que delimite la forma y extensión de cada cuento antes de ponerse a escribirlo.

\* \* \*

Arráiz es de los pocos cuentistas modernos que no ha abordado solamente el

asunto criollo. Muchos de sus cuentos pudieran situarse en cualquier país. El único de sabor totalmente criollo es "La posesa". Creemos que pertenece al período intermedio de su producción. Se publicó en 1937. Es en nuestra opinión lo mejor que Arráiz ha producido. Eulalia, joven esposa del ingeniero Carlos, gusta de oír las fantásticas historias de apariciones del diablo que relata la vieja criada Domitila. Carlos protesta contra tales relatos y los prohíbe terminantemente. Eulalia cae enferma, algún tiempo después, con fuerte calentura que le produce tal delirio y sobreexcitación, que la gente da en creer que el demonio la tien eposeída. No hay médico en el pueblo; el farmacéuta Don Simón no logra mejorarla. Al fin todos opinan que sólo el hechicero Yaguarato podrá curarla. Carlos cede a la propuesta. Viene el hechicero, y por medio de sus ensalmos y ceremonias restablece la calma y la salud a la enferma.

Aun considerando "La posesa" como el mejor cuento de Arráiz, hemos de hacer algunas observaciones. El final o desenlace ni es verídico, ni aceptable, aun siquiera desde el punto de vista artístico. No creemos que el autor acepta una conclusión en la que aparecen como lícitos y eficaces los métodos de fementidos hechiceros. Otra cosa: Carlos hace bien en rechazar los falsos relatos que el pueblo ignaro propaga acerca de apariciones del demonio; pero de ahí a la negación absoluta de la existencia del espíritu malo, hay mucho trecho que andar. Lamentamos, además, alguna expresión desacertada al hablarse de la falta de sacerdote en el pueblo. La mezcla burda de invocaciones y objetos del culto católico con las ceremonias de hechicería, es un hecho desgraciadamente cierto; pero que podría haberse atenuado con alguna frase de desaprobación.

La trama del cuento, las escenas del delirio de Eulalia, la actitud de Carlos, la venida y actuación del hechicero, todo está trabajado con acierto indiscutible. Por eso es más de sentirse aquel final inadecuado y sorpresivo.

"El lunar de la Virreina" es un cuento que mereció el Primer Premio en un Concurso del diario La Prensa, de Buenos Aires, en 1932. Entre todos los cuentos de Arráiz, es éste el que tiene más sabor de verdadero cuento; sencillo en

su desarrollo, rebosante de buen humor no exagerado. El tema, sin embargo, ha sido tratado en forma un tanto escabrosa y piaceresca, aunque no procaz. Carece, pues, de absoluta limpieza moral. Anotemos, de pasada, que el personaje Fray Pablo Javier es tal vez la figura de clérigo más erróneamente descrita en letras venezolanas. Si es Fray, no puede ser Chantre; y si es Chantre tiene que serlo de la Catedral, no de iglesia de monjas; ni tampoco al ser Fray puede ser prebendado ni llevar el título de excelencia. Arráiz, como la gran mayoría de nuestros escritores, yerra lamentablemente siempre que maneja algún término del culto católico.

"La Estatua" es más que cuento un relato algo largo, muy correcto moralmente, y con un final un poco fuera de unidad, pero agradable y delicado.

También "La carta" y "Una taza de te" son cuentos de sano argumento, de ejecución un poco rebuscada, matizados ambos con cierto dejo de romántica inverosimilitud.

Uno de los más equivocados engendros de la pluma de Arráiz es el cuento "Un perfecto caballero". Su argumento, en absoluto, no es inmoral, salvo en lo que implica la imprudente actitud de confianza y devaneo que una joven casada se permite con el amigo de su esposo. Pero el episodio central del cuento es un alarde innecesario de descripciones y sugerencias provocativamente lúbricas y de moroso deleite sexual. Arráiz no necesita de semejantes cuadros para dar lustre a su nombre de escritor.

De la poesía de Arráiz ha dicho M. Briceño - Irigorry que "muchos de sus versos son verdaderos manifiestos sociales". Algo de eso podría decirse del cuento de "Oswaldo" y de los cuentos fabulosos de animales. A poco que se empieza a leer, "Oswaldo" produce intenso desagrado y cansancio. No por la sana intención, legítima y decidida, con que el autor sale por los fueros de una pobrecita empleada doméstica, madre con un niño de corta edad, sino por la manera tan violentamente inartística, falsa en su conjunto, de presentar a todos los miembros de una familia donde aquella empleada va a trabajar, como los seres más egoístas e inhumanos. La idea fun-

damental del cuento es tan exacta como dolorosa. Pero se exageró la manera de presentarla. Y, por lo menos, nada hay que justifique ni social ni espiritualmente, la exclamación final en la que se le desea al infeliz Oswaldo cualquier género de muerte, antes que un porvenir desdichado.

Y es hora de que digamos algo de los cuentos de animales, que Arráiz ha venido publicando en la Revista Nacional de Cultura.

Tío Tigre, Tío Conejo, Ratón Pérez, etc., han sido, por antonomasia, los tipos populares del mundo infantil. Y en años anteriores no ha faltado quien con sano criterio educador los utilizó para entretenimiento de los niños.

Arráiz, en su anhelo de justicia social, quiere reprochar abusos y criticar actitudes o principios que no encajan dentro de su ideología de sabor socialista. Para eso, se vale ingeniosamente de una metáfora continuada: la vida del mundo animal. Echa a hablar y a actuar a toda la fauna tropical. Y surgen los apólogos de intenso sabor social. No son éstos, cuentos para niños. No pueden ser. Difícilmente los entenderían. Está claro que son para gente mayor. Además, la índole misma de la Revista donde se publican, así lo da a entender.

Burla burlando, entre pinceladas candorosas y toques de fino buen humor a veces, y otras de grotesca sátira, el autor mansamente siembra ideas y da a entender conclusiones; pero todo ello sin estrépito ni alardes redentores.

Es difícil para el crítico determinar en concreto, en cada cuento, cuál es la tesis o idea fundamental que el autor trata de inculcar. Tal vez él mismo no ha tenido ninguna determinada. Y sin embargo, el ambiente todo de cada cuento, está saturado de un sabor desazonado y amargo. En esos cuentos no haya labor constructiva; en cambio hay mucho de desorientador y hasta de disociador. Hay muchas cosas malas, equivocadas, contra las que el autor quiere justamente protestar. Pero el remedio de la frase mordaz o la sátira sutil y punzante, hos-

tiga e incita, pero no cura ningún mal.

Por último, la filosofía que anima esos cuentos, no puede ser ni más materialista ni menos consoladora. Cuando Ratón Pérez, el día de su matrimonio, por imprudente se cae en la olla de chocolate y muere ahogado, el Cucarachero comenta así, sin que nadie le objete: "Lo envidio. Ha muerto con la boca, el estómago y los pulmones llenos de un líquido caliente, oloroso y nutritivo. Es la más envidiable y gloriosa muerte, la muerte por hartura, y, allá en las beatitudes celestiales donde debe de estar, no sentirá más nunca jamás los apremios de la necesidad ni las torturas del hambre y de la sed". ¡Sin preverlo, Arráiz, en vez de un párrafo gracioso, estampó este otro materialista, demoledor y rayano en blasfemo!

En el cuento "La periquita Julieta", se presenta al Arrendajo con todas sus habilidades, y entre otras cosas se dice esto: "Producía, también los sonidos más heterogéneos: silbaba, cantaba, graznaba, rugía, imitaba voces articuladas, y hasta los relinchos y rebuznos de las inmundas bestias los hombres"... Y más adelante se habla de "los pobres animales que han caído en poder de los hombres"...

Esta manera de hablar es perniciosa; desorienta; y su veneno sutil se infiltra muy hondo. Y no es difícil predecir los frutos que, a la larga, se cosechan con la siembra de prédicas de tal naturaleza. Tal vez parezca duro el juicio que de estos cuentos hemos dado. Por eso queremos declarar que no nos mueve animosidad alguna contra nadie. Juzgamos obras y no personas. Por sobre todo salvamos intenciones, y en concreto defendemos la de Arráiz, porque no hay razón para dudar de su sinceridad y buena fe.

Ojalá que andando los años, la obra cuentista de Antonio Arráiz, encarrilada de un todo por caminos de luz y bonanza, y libre asimismo de los lunares de forma que le hemos señalado, nos presente ocasión para el elogio pleno que con gusto escribiremos.

*Pedro P. Barnola, S. J.*